

la rubia inmoral

Pastillas

y

cheesecake
de

limón



ESPASA

la rubia inmoral

Pastillas

y

**cheesecake
de**

limón

© del texto y las fotos Ana María Cardona, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): diciembre de 2019

ISBN 13: 978-958-42-8166-1

ISBN 10: 958-42-8166-6

Impresión: xxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*You do not have to be good.
You do not have to walk on your knees
for a hundred miles through the desert, repenting.
You only have to let the soft animal of your body
love what it loves.
Tell me about despair, yours, and I will tell you mine.*
Mary Oliver

Aquí yace
La Rubia Inmoral:
rica, famosa y latina.
†



L l e g u é a l m u n d o
d e s g a r r á n d o l o t o d o

mientras
salía
por la
vagina
ensangrentada
de
mi
madre.

Peleaba
porque el
espacio se
hacía cada
vez
más
pequeño,

había algo que quería ahogarme.

A ella le deformé el cuerpo por completo.

Cuando los médicos me tuvieron entre las manos dijeron que no entendían cómo había nacido, era demasiado grande para que me pujaran.

El desgarre fue de cuarto grado: le comprometí todos sus huecos. Si antes retenía líquidos y no meaba, luego no podía controlarse y se meaba de la nada mientras estaba parada esperando a mi papá, que unos días llegaba y otros no. Cuando la reconstruyeron, le dijeron —para su alivio— que había vuelto a ser virgen.

De la época en que mi madre se vestía con pantalones a la cintura, correas gruesas y tops blancos, no quedó nada: pasó a parecerse a mi abuela en el tamaño de su cuerpo y en la forma de vestir. En capas. Trapos floreados largos y anchos, de colores medio muertos. Los pantalones dejaron de entrarle, los zapatos le quedaron chiquitos y vivía con los pies extendidos encima de los muebles.

Mi madre siempre quiso una niña blanca de ojos claros —pero no azules—, de pelo rubio, flaca. Un lugar común. Sus compañeros de trabajo se reían y le decían que le saldría un hombre, y maricón. Entonces fue a la iglesia del pueblo los nueve meses seguidos a arrodillarse para pedir que nada de eso fuera cierto.

Fui una bebé gorda y peluda. Nací a las cuatro de la tarde un viernes de julio, bajo el signo Cáncer.



De los primeros ocho años de mi vida no recuerdo nada, pero sé que aprendí a caminar torpemente, a hablar rápido y enredado, a mordirme las uñas, a leer y a escribir.

Los recuerdos empezaron a quedarse como archivos fijos en mi cabeza —lo que me permite contar historias— después de leer *Ami, el niño de las estrellas*. El momento lo recuerdo —¿o me lo imagino?— como un plano picado en el que aparece una niña excesivamente delgada, de piel blanca y venosa, llena de lunares, con una capul dorada y recta, ojeras prominentes y ojos grandes que cambian de color. La niña está sentada en un espacio húmedo, con paredes del color de la carne podrida, y con un libro entre las piernas.

Seguro mis padres habían comprado el libro a un pirata que también ofrecía *El péndulo de Foucault*, el último de Coelho o el *Kama-sutra para Dummies*. Tenía una portada que parecía un viaje de ácidos mal impreso, o el trabajo artístico de un cocainómano desesperado por terminar algo. La nave espacial en la que viajaba Ami no se reconocía: todos los colores estaban mezclados y las líneas que delimitaban el espacio como que existían y como que no.

Pero qué iba a saber yo,
a mis ocho años,
qué era una nave espacial
o la vida o un cocainómano.

Mi madre —una contadora que no entendía mis gustos obsesivos y que me recordaba cada vez que podía que no éramos ricos como para que leyera tan rápido— concluyó que lo más fácil sería saciar mi inquietud y mi falta de talento con textos extensos y chiviados. Esto llevó a que tuviera en mi cuarto una pila de libros llenos de faltas de ortografía; libros que, al abrirlos, se desprendían hoja por hoja, error por error. Cuando mis profesoras preguntaban por qué si leía tanto tenía tan mala ortografía,

respondía que mi mente
era demasiado rápida
como para leer
p a l a b r a p o r p a l a b r a .

Lo que quería era perderme en la historia.

Nunca quise aceptar que en los libros
que mi madre compraba,
casa, de hogar, era más bien
caza, como en mi familia.



Los fines de semana, después de clase de *ballet*, me iba a un rincón del comedor donde había un estante de dos niveles pintado con unas flores desteñidas, que parecían una obra de De Kooning, a escuchar música en la grabadora redonda y gris que me había regalado mi padre para un cumpleaños en el que tampoco pudo estar. Cuando me aburría de darle *play* a las únicas dos canciones de siete minutos y medio que me gustaban, iba a mi cuarto a hojear libros y a poner a mis muñecos en fila, con las piernas de plástico abiertas. A diferencia de mis piernas de carne y hueso, el plástico siempre fue fácil de moldear.

Las piernas siempre se me dormían. Cuando pasaba largos ratos con ellas enroscadas, o dobladas hacia un lado, o muy juntas, sentía un hormigueo desde la planta del pie hasta mis muslos, que me entumecía también la vagina. Entonces me sentaba en el piso y las extendía por completo, una para un lado, otra para el otro, y dejaba un espacio gigante entre las dos, dándole libertad al aire para que entrara y saliera como se le diera la gana.

Cuando estaba en el comedor y nadie me estaba viendo, subía las piernas de forma separada y comía así, como si fuera un sapo, creando un arco con los hombros hacia adelante y los dedos bien agarrados de la silla para no caer. Me imaginaba que caía en cámara lenta: las rodillas, que ya eran muy negras y tenían muy poca carne alrededor, se daban duro contra el piso, y luego mi cabeza. Mi enorme cabeza. Mi madre, que terminaba por darse cuenta, decía que debía sentarme bien, como una dama, a veces como una señorita, o como una niña buena. Bajaba primero una y luego la otra pierna y sentía cómo todo se volvía a congelar.





El transporte que me llevaba del colegio a la casa era un carro blanco alargado y destartado que manejaba un señor con bigote, calvo y más viejo que mi papá. Solía extender sus piernas como si todo el espacio, el de su silla y el que empataba con la mía, fuera suyo. Llevaba siempre pantalones grises y zapatos negros que tal vez eran de cuero, o no, y abría sus piernas completamente, porque podía, mientras tarareaba cualquier canción adolescente que sonara en la radio, seguro algo de Christina Aguilera. Compartía turnos con su esposa, y a veces con su hija; dos mujeres de contextura delgada, pero barrigonas, que mantenían el pelo muy corto y las uñas arregladas al estilo francés. Ellas manejaban con las piernas bien apretadas y también llevaban pantalones con zapatos que podían ser de cuero, o no.

Para ir cada fin de semana a la iglesia, me estiraban el pelo y me ponían esos vestidos pomposos que no dejaban que me moviera bien, con medias blancas debajo, para que no se viera nada. Yo quería hacer lo mismo que el conductor, entonces ocupaba dos espacios, como si yo también pudiera. Pero siempre había alguien que me cerraba las piernas para que un niño, o un hombre, pudiera abrirlas por dos.

Mis tíos, los papás de mi prima mayor, que vivían en Medellín y que no eran más ricos o más pobres que nosotros —pero que se quejaban menos—, me mandaban cada seis meses libros de la Colección Torre de Papel: naranja, roja, azul y amarilla. *La puerta olvidada* fue el primero que recibí: un libro que tenía en la portada un niño que parecía vestido de señor, con su boina y sus pantalones bota recta largos, color café, parado en frente de un conejo, que me recordaba a *Alicia en el país de las maravillas*, pero con menos drogas. Lo leí en una tarde porque la letra era grande y tenía dibujos. Las historias en que los niños encontraban formas de salir de su realidad me gustaban. Yo también quería escapar de ahí, por una puerta muy pequeña, montando un conejo o vistiéndome como un señor para poder...

me daba igual.

Fue la primera vez que
mi madre me dijo que
debía aprender a leer
más despacio, mientras
estaba en su tocador
poniéndose un labial rojo puta para ir al trabajo.

De mi obsesión con Ami logré un telescopio que mi madre no estaba de acuerdo con que me regalaran y que mi padre terminó comprando. La casa en la que vivía con mis padres quedaba en una montaña, como cualquier casa en Manizales, y mi cuarto tenía un balcón pequeño donde podía abrir las piernas del telescopio para ubicarlo apuntando hacia arriba. Más que buscar ovnis, aunque estaba segura de que vería uno —porque Ami existía—, quería encontrar estrellas fugaces. ¿Cómo podían viajar en tan poco tiempo, cruzando el espacio, muriéndose y dejando todo regado en el camino?

De niña me despertaba con un vacío
tremendo en el espacio que queda
entre el estómago y el pecho.

Nunca pude tocarlo

o nombrárselo al médico de la familia.

Tampoco encontré cómo escribirlo en mi diario,
pero sabía que existía.

Pensaba que pedir huevos, cereal y chocolate al desayuno podría llenarlo. ¿Estás segura de que puedes con tanto? Siempre dejas todo a medias, me decía la señora que se encargaba de la casa mientras mis padres no estaban; y nunca estaban. Por eso dormía allí, limpiaba y me hacía entender que le caía mal a ratos, era un reemplazo perfecto de mi madre. Después de dos o tres cucharadas ya no podía con más, y mi estómago me amenazaba con vomitar si seguía insistiendo.

Pero el vacío,

que dolía
y me entristecía,
que subía y bajaba, seguía ahí.

Nunca fue hambre. Tal vez es el hueco con el que todos nacemos. Tal vez el pecado original.

Cuando estaba sola en la casa —porque mis padres seguían muy ocupados y porque la señora que me acompañaba se iba a comprar verduras, o tal vez arroz, o quizá lentejas, que le encantaba preparar y yo aborrecía—, intentaba concentrar mi mirada en un punto fijo, o prendía el televisor para ver cualquier cosa que me entretuviera. Me sentaba en una de las esquinas de la cama, me enterraba el palo de madera que sobresalía, y me quedaba ahí, meciéndome, intentando desviar la atención y mi existencia.

Si no miraba el punto fijo, o si el televisor dejaba de entretenerme, me paraba y daba vueltas: del cuarto a la sala, que era un tramo corto; de la sala a la cocina, que era un tramo medio. A veces seguía más allá: de la cocina al patio, para calmarme. Buscaba los caracoles que la señora de la casa mataba con sal. En cucullas, los revisaba, sin tenerles pesar, solo asco. A veces los revolcaba con un palo, como si fueran una pelota, les hundía el cuerpo baboso o los pisaba con fuerza y rabia hasta partirles la caracola, como queriendo demostrar mi poder inexistente.

Aprendí a manipular a muy temprana edad porque nunca tuve argumentos verdaderos para que me hicieran caso. Hacía sentir miserable a mi madre al mostrarle el estómago hundido y las costillas salidas

porque comía y vomitaba, o a veces no comía. A mi papá le escribía cartas y se las mandaba por correo diciéndole que esperaba que estuviera presente en una de las mil actividades que hacía en el colegio y para las que no era buena, aunque sabía que él nunca podía.

De la familia de mi madre saqué la manía y los rituales de autoflagelación. De la de mi padre, la ansiedad y los ataques nerviosos.

Mi tía, la hermana de mi papá, lleva muchos años yendo al médico porque se tuerce cuando alguien la exaspera: empieza a perder la respiración y la movilidad, primero en sus manos que se agarrotan y luego en los pies. Todos los exámenes le salen bien, tiene una salud envidiable para tan mal genio, ningún indicio de infarto o de osteoporosis, ni siquiera de problemas de circulación como los de su padre cuando murió. Sus ataques nerviosos empezaron luego de que la dejó su esposo, hace muchos años. De ahí en adelante nunca han parado, y tampoco ha conseguido otro esposo.

Mis ataques nerviosos empezaron desde pequeña y la necesidad de reprimir mis emociones para que el mundo creyera que funcionaba, también.

Cuando comenzaba la ansiedad, el espacio volvía a ser el vientre de mi madre: carnosos, cóncavos, borrosos, estáticos, pequeños y con mucho eco. La realidad parecía más lenta, acuosa, y mi cuerpo, que antes no se movía con agilidad, se hacía aún más inútil. Me ahogaba. A veces, si la situación empeoraba y la señora de la casa nunca llegaba de comprar las verduras, buscaba clósets oscuros, cómo meterme debajo de la cama o encerrarme en el baño.

Me encerraba para ver si me moría.

Cuando aún no había pisado las oficinas blanquísimas y frías de un terapeuta, porque mi madre insistía que con valeriana podía controlarme, busqué mis síntomas en internet. Mi diagnóstico era esquizofrenia, como Daniel, el hijo de Piedad, que terminó saltando de un piso muy alto en un momento en que su realidad fue otra. Tal vez la ventana se había convertido en una piscina, por eso se clavó, o, tal vez, su realidad se parecía a la mía y volvía angustiado al momento de su nacimiento, donde el espacio mojado y ensangrentado se hacía cada vez más pequeño y amenazaba con ahogarle.

De la valeriana pasé
a los antidepresivos,
que atacaban con
sueño mis ganas de
llorar y de morirme.
Mi cabeza, que
siempre estaba en
funcionamiento
—incluso cuando mis
ojos se cerraban—,
se apagaba.

Los antidepresivos
nunca me ayudaron
a dejar de estar
triste o a manejar
mis emociones de
una forma que no
fuera lastimera,
pero me obligaron a
dormir. Después de
hacer cuentas,
fueron
doce o trece años
sin pasar
una noche
de sueño corrido,

tranquila.

El parte médico empezó con una depresión, que luego pasó a ser un trastorno postraumático, después una depresión crónica con claros ataques nerviosos y una posible bipolaridad. Necesito que llegues en un alto, Ana María, para diagnosticarlo. Como si a uno le diera por llamar al psiquiatra cuando el cuerpo se siente capaz de saltar un edificio completo y salir ileso.

Los policías que frecuentaban la casa consideraban que cualquier persona podía hacernos daño. Tenían nuestros teléfonos intervenidos porque un niño, al que obligaban, llamaba a insultarnos. Contesté un par de veces esas llamadas, y mi madre, que nunca fue una persona muy sociable, decía que yo tenía una gran fascinación por las llamadas telefónicas, pero que debían prohibírmelas por los riesgos. Yo más bien recuerdo que no quería estar sola, que quería gritar que me sacaran de ahí, no importaba quién. Las amenazas a mi familia pararon cuando entré a la universidad, y mis ataques nerviosos aumentaron.

Fue entonces cuando dejé de dormir.

Los sueños eran los mismos. Las personas que los habitaban tenían pantalones anchos y verdes que llegaban hasta el ombligo. Me perseguían con armas largas, pesadas, puntiagudas y negras. Los escenarios eran diferentes: selvas, carreteras, mi propia casa. La violencia del sueño a veces dependía de cuánta comida había ingerido unas horas antes. La pesadez, supongo, me ponía a delirar.

El miedo seguía ahí cuando abría los ojos en la mitad de la noche, en mi cuarto. Sudaba a chorros y, en ocasiones, me ponía a llorar. La gente que me quería matar me encontraba y me arrinconaba. Casi nunca veía los rostros de las otras personas, lo mismo que pasa con mis miedos: si tuviera que nombrarlos no podría. ¿Soy yo en esos múltiples cuerpos, o son extraños que aterran como me aterro a mí misma?

Terminaba suplicando y rezando cuanta cosa pudiera recordar...

Querido Niño Dios,
en mi corazón de niña
guardo muchos deseos.

El primero, es que los hombres
sean cada vez más buenos.

El segundo, es que la gente
viva siempre en alegría
y que estén todos contentos
con el pan de cada día.

Yo te pido por mis papás
y los papás de otros niños
para que nunca peleen
y siempre estén unidos.

Haz que no exista la guerra
ni siquiera en los libros
y que en este mundo en que estamos
no se oiga llorar a un niño.

Mi cabeza funciona de formas extrañas, y Dios también me parecía un hombre malo y me daba miedo.

Lo imaginaba con su barba larga y enredada, su cara extremadamente blanca, sus facciones medio arrugadas, enojadas, y sus pies descalzos, que caminaban por todos lados, incluso entre un montón de muertos, dando órdenes para matarnos a todos o para arrancarnos las costillas. Era igual a uno de esos *cowboys* norteamericanos de derecha —que es redundancia—, que en vez de coleccionar figuritas de acción tienen armas de todos los tamaños que pueden desbaratar las patas de un venado, una por una, o hacer estallar la cabeza de un latino. Mi cabeza tenía un *cowboy* y una Medusa que petrificaba todo.





AMAZON

https://www.amazon.com/Pastillas-y-cheesecake-lim%C3%B3n-Spanish-ebook/dp/B0831V74MF/ref=sr_1_1?crid=YW12LQN11GE5&dchild=1&keywords=pastillas+y+cheesecake+de+limon&qid=1585352106&srefix=pastillas+y+ch%2Caps%2C404&sr=8-1

APPLE BOOKS

<https://books.apple.com/co/book/pastillas-y-cheesecake-de-lim%C3%B3n/id1492759329?ign-mpt=uo%3D4>

GOOGLE PLAY BOOKS

https://play.google.com/store/books/details/La_Rubia_Inmoral_Pastillas_y_cheesecake_de_lim%C3%B3n?id=dWHGDwAAQBAJ&hl=es

BAJALIBROS

<https://www.bajalibros.com/CO/Pastillas-y-cheesecake-de-limo-La-Rubia-Inmoral-eBook-1821894>